

CAPITULO V.

¡ Arriba , bella señora !
Trenza el dorado cabello ,
Goza del aire sereno :
Sal pronto del bosque espeso,
Porque ya pasó la hora,
Y mucho ha que graznaron ,
Cuando en torno de la torre
Róncos los grajos giraron.

JUANA BAILLIE.

Despertó sobresaltada la Linda Doncella de Perth , y estuvo escuchando el estrépito y los gritos, poseída del miedo y sin atreverse á respirar. Habíase puesto de rodillas para implorar el socorro del cielo ; mas luego que reconoció las voces de sus vecinos y amigos que venían

á defenderla, continuó en igual actitud para dar gracias á la providencia. Aun estaba arrodillada, cuando su padre hizo entrar en el dormitorio á su campeón, porque él se habia quedado á la puerta, tanto por timidez, como porque recelaba se diera por ofendida su amante, y además por respetar la devocion, en que la consideraba ocupada.

— Padre Simon, dijo el armero: está en oracion, y yo no me atrevo á interrumpirla, del mismo modo que no lo haria con un obispo diciendo misa.

— ¡ Haz lo que quieras, esforzado y valeroso necio! le contestó el guantero; y dirigiéndose á Catalina, dijo: — ¡ Hija mia! el mejor y mas acepto modo de dar gracias al cielo, es el manifestar nuestra gratitud á nuestros semejantes. Este es el instrumento, de que Dios se ha servido para librarte de la muerte, ó del deshonor, mil veces peor que la muerte misma. Admítele como tu fiel Valentin, como aquel á quien yo deseo poderle llamar hijo mio.

— No así, padre mio, respondió Catalina, yo no puedo ni ver ni hablar á nadie por ahora.

No soy desagradecida, tal vez estoy demasiado reconocida, para con el que con justicia puede gloriarse le debemos toda nuestra seguridad; pero permitidme dar gracias al angel custodio, que me ha enviado este defensor tan á tiempo, y démele para peinarme y vestirme.

— A fe mia, Catalina, que seria muy duro negarte el tiempo para vestirme; porque diez dias ha que no te oigo hablar como muger. Me alegrara mucho, Enrique, aguardase mi hija hasta el momento en que la canonicen con el nombre de Santa Catalina segunda, para ser completamente santa.

— Fuera de chanza, padre Simon, porque le juro á vm. que por lo menos ya tiene un sincero adorador; un hombre, que se dedicó á su servicio, en cuanto puede hacerlo un miserable pecador como yo. Pues, á Dios por ahora, hermosa Catalina, y Dios te conceda sueños tan tranquilos durante la noche como son tus pensamientos por el dia. Yo te velaré, y desgraciado el que se atreviere á inquietarte.

— Bueno y esforzado Enrique, dijo Catalina, tú, cuyo excelente corazon forma tal contras-

te con tu mano cruel, no busques en lo que falta de noche otra nueva pendencia; y recibe al mismo tiempo mi mas tierna gratitud, procurando tener pensamientos tan pacíficos, como supones en mí. Nos volyeremos á ver esta mañana, y entonces podré darte todas las seguridades de mi reconocimiento. ¡A Dios!

— ¡A Dios! dueña y luz de mi corazón, dijo el armero, y bajando la escalera del cuarto de Catalina se dirigia como para salir de la casa, cuando el guantero le tomó por el brazo.

— Gracias al ruido de esta noche, el chischar del acero será para mí mas gustoso de lo que yo creyera, hijo mio Enrique, si él es capaz de volver el juicio á mi hija, y le hace ver lo que tú vales. Por San Macgrider (el Santiago de los Escoceses) que no me disgustan estos alborotadores, y que lo siento en el alma por ese pobre amante, que no podrá tener el escudo con la mano izquierda. Sí, ha perdido una cosa tan importante, que todos los dias de su vida la echará de menos, y mas que nunca, cuando quiera ponerse guantes. Tambien debe sentirse tal desgracia porque será un parroquiano á

medias para los de mi profesion. No, no; para lo que falta ya, no sales de mi casa esta noche; no debes abandonarnos, hijo mio.

— No pienso en eso; antes bien espero me permita vm. ponerme de guardia en la calle; pues tal vez vuelvan á las andadas.

— Bien; pero tendrias doble ventaja contra esos galopines esperándolos en casa; el mejor modo de pelear para nosotros los paisanos, es hacer frente al enemigo, atrincherados con nuestras propias paredes. El deber, que nos impone velar por la seguridad pública, nos inspira esta táctica; fuera de que, hay ya muchos ojos y oídos alerta, para ver y oír cuanto pasa, y esto mismo nos asegura la paz y tranquilidad, hasta la venida del día. — Ven conmigo por aquí.

Al decir esto, llevó á Enrique al mismo aposento, donde la noche precedente habian cenado, y donde ya la vieja Dorotea, desvelada por el alboroto, habia cuidado de hacer lumbré.

— Ahora pues, hijo mio, me dirás qué vino prefieres para brindar á la salud de tu padre.

El armero se habia dejado caer maquinalmente sobre una silla de encina ya negra á fuerza de antigua, mirando al fuego, cuyo reflejo presentaba un color rojizo en sus facciones varoniles. Se decia como á media voz: ¡*Buen Enrique, esforzado Enrique!* — Ah si solo hubiera dicho ¡*querido Enrique!*

Al oír esto el viejo Simon le dijo riéndose: — Yo no sé qué clases de vinos son esas que dices; porque no las hay en mi cueva. Si te gusta Canarias, Gascuña ó del Rin, dilo y vendrá volando el frasco ni mas ni menos.

— ¡*La mas tierna gratitud!* continuaba el extasiado armero, jamas me dijo cosa igual. ¡*La mas tierna gratitud!* ¿á qué podrá extenderse esto?

— A lo que se extiende una cabritilla, respondió el guantero, si tú quieres dejarte llevar; pero, vamos; dime que quieres para echar un trago esta mañana.

— Lo que vm. quiera, padre mio, dijo Smith con dejadez, y volvió con su analisis sobre lo que le habia dicho Catalina. — ¡*Un corazon excelente!* me dijo; ¡pero tambien habló de mi *mano cruel!* ¿Qué deberé yo hacer visto lo visto, para

curarme de esta comezon que padezco por batiirme? Sin duda seria lo mas acertado cortar-me la mano derecha, y clavarla en la puerta de una iglesia, para que no volviera Catalina otra vez con semejantes reconvencciones.

— Basta de cortar manos con la que has cortado esta noche, dijo Simon, poniendo un frasco en la mesa. — ¿Por qué te rompes los cascotes inútilmente? Ella te amaria doble, si tú no estuvieras tan loco por ella. Pero ya es tiempo de hablar seriamente. Me importa muy poco llamen á mi hija la Linda Doncella de Perth, si por ello me veo expuesto continuamente á que estos matones rabiosos al servicio de los nobles embistan con mi tienda, y roben mi casa. No, no; maldita la cosa que me gusta el negocio. Yo sabré hacer entender á mi hija, que soy su padre, y que me preste la obediencia que manda el Evangelio. Yo quiero que sea tu muger, Enrique, mi corazon de oro;... tu muger, mi hombre de metal...., sí; pero antes de muchas semanas. ¡Vamos, anda, á tus alegres bodas brindo, bravo Smith!

Simon tomó un gran vaso y le apuró, le vol-

vió á llenar, se le presentó al armero, quien llevándole muy despacio hácia los labios, y sin tocarle, volvió á ponerle sobre la mesa, moviendo la cabeza en signo negativo.

— Si no quieres echar un brindis por esto, yo no sé por qué te pediré brindar, dijo Simon. ¿En qué piensas, locuelo? Tu buena suerte acaba en cierto modo de ponértela entre las manos, pues de un cabo al otro de la ciudad todo el mundo tomaria muy á mal, si ella te dijera no; yo que soy su padre, no solo consiento en formar este matrimonio, sino que quiero uniros tan íntimamente ó mas, que haya jamas unido una aguja dos pedazos de gamuza; y aun teniendo en tu favor la fortuna el padre y demas, tienes el aire del amante desesperado de una balata, y parece piensas mas en tirarte al Tay, que en galantear á mi hija, que puedes lograr sin mas trabajo que pedirle su consentimiento, que lograrás en efecto, si sabes elegir el momento favorable.

— Sí, señor; pero dudo mucho haya tenido ella este momento, y mas, que le haya dado á mortal ninguno, así como que se digne dar

oidos á un artesano grosero é ignorante como yo. No sé como entender esto, en cualquier parte me presento cuellierguido como cualquier otro; pero lo mismo es presentarme delante de su santa hija, que ya no tengo ni alma ni valor, y no puedo menos de pensar, seria tan malo como robar una iglesia, el conseguir arrebatarla su afecto. Veo muy bien sus pensamientos elevados hácia el cielo de tal modo, que juzgo imposible descienda por ellos hasta un ser tan bajo como yo.

— Piensa como quieras, Enrique. Mi hija no corresponde á tu galanteo..... no te pido se le continúes..... una buena oferta no puede ser causa de una desazon..... pero si piensas concebiré yo alguna vez la disparatada idea de convento, estás muy engañado. Yo soy muy afecto á todo lo de iglesia, y yo pago todo lo que le debo de diezmos, limosnas, vino y cera, y esto de tan buena voluntad como cualquier otro paisano de Perth; mas no puedo dar á la Iglesia la sola oveja que tengo en el mundo. Su madre fué de mí tan querida como lo haya sido muger en el mundo, y ahora es un angel

del cielo; Catalina es lo único que me resta para recuerdo de lo mucho que perdí; y si llegare á entrar en un claustro, será cuando su anciano padre cierre los ojos por la última vez, pero no antes. Por lo que hace á ti, amigo mio, puedes hacer lo que mas te agrade; porque te aseguro no pienso casarte á la fuerza con ella.

— Ya va de dos que vm. machaca el mismo hierro, padre Simon; siempre venimos á parar en esto. Vm. se incomoda conmigo, porque no hago lo que pudiera formar toda mi felicidad, y vm. tendria razon, si yo fuera capaz de hacerlo y no quisiera; pero no puedo efectivamente. Que me traspasen el corazon con el puñal mejor acerado que ha salido de mis manos, si hay una sola gota de sangre, que le dé vida y que no sea mas de Catalina que mia. ¿Qué quiere vm.? Ni yo puedo tener mas estimacion de ella, ni puedo darme yo mas valor ó mérito del que tengo. Eso que á vm. le parece tan facil, es para mí mas difícil que hacer una coraza de acero con estopa. — Pero, á la de vm., padre mio, prosiguió Smith en un tono

mas jovial, y á la de mi hermosa santa Catalina, mi querida Valentina, como espero lo sea. No me parece debo quitarle á vm. el sueño por mas tiempo, vaya vm. á descansar, y consultar con la almohada, hasta que salga el sol, y despues me llevará vm. á la puerta del cuarto de su hija, entrará vm. á pedirle licencia de darle los buenos dias, y entonces me cuento por el hombre mas feliz del mundo, y entre todos los que hayan despertado hoy en la ciudad ó sus contornos.

— No me parece malo el consejo, respondió Glover; pero, y tú ¿qué piensas hacer? ¿quieres que partamos la cama, ó quieres partirla con Conachar?

— Ni uno ni otro; porque tengo mal dormir; esta poltrona será para mí como la mejor cama de pluma, y me acostaré armado, como quien está de guardia.

Diciendo así, puso la mano á su cuchillo de monte.

— Quiera Dios, dijo Simon, que no tengamos precision otra vez de las armas. Buenas noches, ó por mejor decir, buenos dias hasta

la salida del sol, y el primero que despierte llame al otro.

Así se separaron los dos paisanos. El guantero fué á meterse en la cama, donde se supone no le seria difícil conciliar el sueño. No fué tan afortunado el amante. La robustez de su cuerpo le hacia soportar con facilidad las fatigas de la noche, pero su alma era de un temple mas fino. Enrique no era mas que un paisano resuelto en su época, orgulloso, porque fabricaba las armas con primor, y como diestro en manejarlas; su rivalidad contra los demás de su profesion, su fuerza y su pericia en la esgrima, le habian ocasionado pendencias; todo contribuyó á que muchos se le declarasen sus mortales enemigos; pero á esto se juntaba una bondad natural, la sencillez y candor de un niño, y al mismo tiempo, grande imaginacion, mucho entusiasmo, todo ello muy poco análogo á su trabajo y sus combates tan frecuentes. El ardor y vehemencia que le inspiraron las antiguas balatas y romances en verso, únicos estudios que habia hecho, tal vez pudo excitarle á ocuparse con gusto en las hazañas, para su

concepto peculiares de la caballería. Por lo menos está fuera de duda, era tal su delicadeza en el amor que alimentaba por Catalina, que podria compararse al de aquel escudero, de quien nos dice el romance llegó á merecer los suspiros de la hija del rey de Hungria. La idea que tenia formada de su querida, era tan sublime como la que podia formarse de un angel del cielo. El anciano Simon, y cuantos de cerca le trataban, debieron estar muy equivocados, pensando que su pasion, por ser demasiado noble, no conseguiria nada de Catalina, formada del mismo barro que las otras mugeres; porque ella con toda su reserva y disimulo, tenia un corazon muy bien dispuesto para conocer todo el fondo y valor del afecto que manifestaba el armero, y sea que le fuese ó no posible corresponderle allá en lo íntimo de su alma, estaba llena de orgullo y satisfaccion al reconocerse querida y apreciada en tan alto grado por el temible y valeroso Enrique Gow, cual se debe suponer lo estaria una heroína de novela, que habia sabido domesticar un leon, hasta el punto de acompañarla para su protec-

cion y defensa. Despertó y se sintió penetrada de sentimientos de gratitud; la hora del amanecer y el pensar en los servicios tan marcados, que á Smith le habia merecido en una noche de tanta inquietud, le hicieron formar la resolucion de manifestarle el alto aprecio que de ellos hacia. Comenzó á pensar en los medios de que para esto deberia servirse.

Deciase á sí misma vistiéndose muy de prisa, y medio avergonzada de su proyecto: — Yo le he tratado con frialdad, y acaso no he tenido razon, no seré tan ingrata como he sido para con él, aunque no puedo acceder á sus deseos. No esperaré á que me le haga recibir mi padre como mi Valentin por este año; yo misma iré á buscarle, y yo misma le escogeré. — Es verdad que yo no he llevado á bien esta misma conducta en las otras mozas; pero siendo este modo el solo de agradar á mi padre, y no haciendo además en esto, sino guardar el ceremonial de San Valentin, no soy culpable, ni debo parecerlo, en probar á este hombre tan esforzado, todo mi reconocimiento por lo mucho que le debo.

Vestida con un poco menos cuidado que acostumbraba descendió la escalera de su cuarto, y abrió la puerta del otro en que suponía haberse quedado Smith despues del combate. Paróse á la puerta, como indecisa en ejecutar su designio, porque el uso no solo permitia, sino que mandaba á los Valentines comenzaran su amistad por un beso, signo de afecto, que sin él no se fundaba la verdadera valentinada; y estaba lo mas feliz del agüero en que uno de ellos hallase al otro dormido, y le despertara al tiempo de practicar esta ceremonia interesante.

No podia nunca presentarse una ocasion mas oportuna de comenzar este místico enlace, que la ofrecida por el acaso á Catalina. El armero, fatigado de tantos y tan varios pensamientos, se habia dormido sentado en la poltrona, y sus facciones en este momento de tranquilidad tenian un aire tan firme y vigoroso, como Catalina nunca pudiera pensarlo; no habiéndolas observado hasta entonces, sino agitadas del temor y el recelo de poder disgustarla, y siempre le habia vis-

to en su cara una expresion poco animada.

— ¡Qué aire tan severo! decia ella, ¿se incomodará? y cuando despierte... estamos solos... ¿llamaré á Dorotea?... ¿despertaré á mi padre?... ¿pero no, para qué? esto está en uso, una señal de amor fraterno, que no puede menoscabar el honor de una doncella, y no debo pensar se atreva Enrique á interpretar en otro sentido la ceremonia de costumbre, ni permitir me impida este infundado temor manifestarle como debo en justicia, la sinceridad de mi gratitud.

Avanzóse, pues, por el cuarto hácia su Valentin con el mayor tiento, sin respirar y de puntillas; aunque vacilante y sonrosada; llega por fin á la silla del dormido y deposita un beso en sus labios*, segun la costumbre general del pais, que solo allí permite besar; si tal fué la delicadeza del tal beso, comparada solo al contacto de una hoja de rosa, caida en los

* El uso general en la Gran-Bretaña es besar la boca y no la megilla.
(N. D. T.)

labios del armero, cuan ligero seria el sueño de este, pues que despertó al momento; sin duda podrá concluirse tuviesen los sueños del amante una verdadera simpatía con la causa que le hizo despertar enteramente y tomar en sus brazos á Catalina para pagarle con usura lo que á su parecer debia; pero ella se opuso con la mayor seriedad, y como sus esfuerzos presentaron al amante mas bien un temor de alarma que una supuesta vergüenza, aunque como mas fuerte, pudiera retenerla, consintió se desprendiese de ellos.

— No te enfades, buen Enrique, dijo Catalina con el mayor agrado á su sorprendido amante, he tributado en esto el obsequio debido á San Valentin, para probar lo mucho que le agradezco el amigo que me presenta este año: Espérate que se levante mi padre, y tú verás no me niego tomes á presencia suya la satisfaccion del agravio hecho á la tranquilidad de tu sueño, que tan buen derecho tenias á exigirme respetara.

— Por eso no quede, dijo en voz alta el viejo Simon, al entrar en el cuarto, como extasiado.

— Avanza, Enrique, buen ánimo, ni buscarla ni rehusarla, y cógele la palabra; enséñala lo que significa despertar al león dormido; porque de otro modo serías tan necio como no saber lo que quiere decir: cuando pasan rábanos, comprarlos.

Animado así Enrique, aunque con una viveza menos alarmante, tomó de segundas en sus brazos á la Linda Doncella de Perth, quien se rindió sonrojada, pero con mucha condescendencia, á recibir la vuelta del beso que habia dado, aun con el aumento de una docena mas, por modo de represalias, con que manifestó el entusiasmado armero sus deseos de vengarse. Separóse al momento de los brazos de su amante, se dejó caer sobre una silla, y se cubrió el rostro con las manos, como espantada, ó arrepentida de lo hecho.

— ¡Levanta esa cabeza, no seas tonta, muchacha! le dijo su padre; y no te avergüences de haber hecho á dos hombres los mas felices de la tierra, y mas siendo tu padre uno de ellos: sí, Catalina; ese tu beso ha sido el mejor del mundo, y debia ser tambien el mejor pagado.

Mirame, mirame, mi querida Catalina; vamos, véate yo reírte del caso; porque te aseguro, hija mia, nada puede hacerme ver el sol, que acaba de salir en nuestra noble ciudad, mas agradable y gustoso. ¡Ola! pues qué; pensabas hacerme invisible como Giges con su anillo? No, aunque puedes pasar por hada de la aurora, oí el ruido de la puerta de tu cuarto, y te seguí con pies de lana, no para defenderte de un dormido, sino por tener el gusto de ver por mis ojos á mi querida hija, que hacia por sí misma lo que su padre tanto deseaba; baja, baja esas manos á tan mal tiempo levantadas, y si estás algo colorada, cualquier muchacha lo está regularmente la mañana de San Valentin.

Al decir esto bajó las manos de su hija. Dejose ver esta encarnada como la grana, y aun indicaba otra cosa mas que la vergüenza, porque se le corrian las lágrimas.

— ¡Con que lloras, Catalina! á fe mia, ya es un poco mas de lo necesario. Enrique, ayúdame, consolemos á esta pobre tonta.

Catalina hizo por recobrar su tranquilidad, y